



Sacrificio ordinario



Sacrificio Gladiatorio

crificios formaban lo esencial del culto de los antiguos mexicanos, ora para alcanzar de sus divinidades alguna merced en favor de la nacion, ora para darle gracias por los beneficios que creian recibir de ellas. Ya hemos dicho que los toltecas mancharon casi nunca su religion con estas horribles ceremonias; pero los chichimecas que al principio ofrecian á sus dioses yerbas, frutas, flores y copal, aprendieron de los aztecas la bárbara costumbre de entregarse á los abominables festines de la carne humana. Cuando el pueblo mexicano dió á conocer esta horrible práctica á los demás pueblos de las inmediaciones á la laguna, todos se llenaron del natural espanto que debió inspirarles la sangrienta ceremonia; pero al poco tiempo cada una de las naciones del valle la ejercitaba con el mismo entusiasmo y salvaje alegría, con el mismo placer que empleaban los que fueron despues señores de un grande imperio.

Habia varias clases de sacrificios humanos: unos consistian en arrancar el corazon á las víctimas, otros en ahogarlas en la parte mas profunda del valle, otros en hacerlas morir de hambre en la oscuridad de los sepulcros, y los últimos tenian el nombre de sacrificios gladiatorios. Ya hemos dicho que en el átrio del templo mayor de México, habia una piedra destinada para la ejecucion de los sacrificios ordinarios. Clavigero nos refiere que era verde como el jaspe, convexa por la parte de arriba, de cerca de tres piés de alto, de otro tanto de ancho, y de cinco piés de largo. Los ministros de esta horrible ceremonia eran cinco sacerdotes, presididos por otro que vestia un traje de púrpura, mientras que los primeros portaban un vestido blanco con bordados negros, mostrando en su fisonomía toda la fiereza de su sangriento oficio. Despues de apoderarse de la víctima y conducirla desnuda á la cumbre del templo, la estendian sobre el fatal mármol, y el pueblo adoraba el ídolo á quien se dedicaba el sacrificio; y mientras que los cinco ministros sujetaban su cabeza y miembros, el principal de ellos abria con destreza el pecho á la infeliz víctima, sirviéndose para ello de un agudo cuchillo de *itzli*, le arrancaba el corazon todavía palpitante, lo ofrecia con supersticiosa alegría al astro de la luz, y despues de haberlo arrojado á los piés del monstruoso ídolo, lo quemaba y veia con respeto sus cenizas. No era esto lo mas espantoso del terrible drama; pues si la víctima era reputada como prisionero de guerra, se entregaba inmediatamente al soldado que lo habia aprehendido en el campo de batalla, el cual lo presentaba guisado á sus amigos en un banquete. Si era un esclavo comprado espresamente para el sacrificio, su amo hacia el mismo festin con el sangriento cadáver, mezclando al mismo tiempo los mejores manjares y las mas sabrosas bebidas.

Únicamente se comian las piernas, muslos y brazos, reservando lo demás del cuerpo para el mantenimiento de las fieras que habia en los sitios reales. Los otomies vendian las víctimas en los mercados públicos, como hoy se vende la carne de las vacas y borregos. Los

zapotecas dedicaban el sacrificio de los hombres á los dioses, el de las mugeres á las divinidades de su sexo, y el de los niños á ciertos nùmenes que creian de su misma edad.

Nos ocuparemos de otras clases de sacrificios. En los primeros meses del año se dirigian los homenajes al nùmen *Tlaloc*, dios de las aguas y señor del paraíso, á quien veneraban los aztecas como el principio de la prosperidad de su país, donde la escasez de lluvias era un hecho que se repetia con mucha frecuencia. Unas veces le sacrificaban dos niños de ambos sexos, á quienes ahogaban en el lago con la mayor inhumanidad; y otras encerraban en una caverna á tres muchachos de seis ó siete años, que dejaban morir de hambre sin compasion alguna. En otra fiesta dedicada al mismo nùmen, los sacerdotes se esparcian con espersion salvage por las poblaciones de los campos, despojando á todos los pasajeros de cuanto traian consigo, y llevando su latrocinio hasta el saqueo de los almacenes reales, sin exceptuar á los recaudadores de las rentas del imperio. El robo era un privilegio en éste y otros dias señalados; pues ni aun el rey se atrevia á castigar sus depravadas acciones, puesto que asesinaban algunas veces á los que defendian justamente sus intereses. Esta fiesta era una verdadera saturnal.

En la que se dedicaba á *Jipe*, dios del oro, de las riquezas y de los plateros, los ministros desollaban á varios prisioneros de guerra, y despues de haberse cubierto con sus sangrientas pieles, se lanzaban por las calles de la ciudad á pedir limosnas al pueblo que temblaba de miedo. Los aztecas se disponian á celebrar la fiesta de la diosa *Centeotl* con ayunos, abstinencias y azotes, preparando algunas víctimas que eran paseadas entre perfumadas flores é himnos de alegría. Un sacerdote que salia el quinto mes por la ciudad tocando la flauta, anunciaba á todo el pueblo la fiesta de *Tezeathipoen*, ó el nùmen de la penitencia. En medio del extraordinario dolor que causaba á los pecadores el recuerdo de sus enormes culpas, elegian el mas jóven y hermoso de los prisioneros de guerra para condenarlo á muerte. Este dia era para el jóven el término de un año de placeres; porque durante él se le dejaba una apariencia de engañosa libertad; se le entregaban cuatro lindas muchachas para el goce de los placeres amorosos, en medio de una atmósfera perfumada con incienso y flores aromáticas; y al mismo tiempo que lisonjaban su vanidad con ricos y lujosos vestidos, procuraban satisfacer con profusion sus mas insignificantes deseos. Cuando era llegada la hora de ser ejecutado conforme á sus rancias preocupaciones, el sumo sacerdote se le acercaba con señales de exquisitas consideraciones, y luego le rasgaba el pecho con cierta especie de respetuosidad. Los grandes señores se reservaban los dedos y brazos de la víctima, para presentarlos al siguiente dia en su mesa al lado de otros manjares sabrosos y delicados. La supersticion sacerdotal veia en este infeliz cautivo la historia de ciertos hombres, que habiendo gozado de suma felicidad en

la aurora de su vida, la terminan desgraciadamente en medio de la miseria y oscuridad. La mayor parte de las fiestas religiosas de los antiguos mexicanos, ofrecian el horrible espectáculo de los sacrificios humanos, como tendremos motivo de manifestar cuando nos ocupemos de esta parte de su historia.

El sacrificio gladiatorio se consideraba como demasiado honroso, era un combate singular entre un soldado mexicano y un prisionero de reconocido valor. En las inmediaciones de los grandes templos se veia una especie de terraplen de forma circular, sobre el cual se hallaba colocada una gran rueda de molino, donde se ataba por un pié al bizarro prisionero de guerra, cuya única defensa consistia en el buen manejo de su espada y broquel. Su adversario que portaba mejores armas que las suyas, daba principio á un reñido combate en presencia de todo el pueblo, con la circunstancia de que era libre en sus movimientos para atacarlo y retirarse sin ningun obstáculo. Si el prisionero tenia la fortuna de salir vencedor en siete combates, no solamente se libraba por este hecho de la muerte, sino que recibia el título y honores que las leyes concedian á los famosos guerreros; pero si le tocaba en suerte la desgracia de ser vencido, un sacerdote lo conducia á la piedra de los sacrificios comunes para arrancarle el corazon y ofrecerlo á sus dioses. Los soldados mexicanos sufrían este mismo destino, si no alcanzaban el triunfo que debian en tan desigual combate; porque era preciso que la fiesta se solemnizara con alguna ó varias víctimas. El conquistador anónimo refiere, según Clavigero, que en una batalla que se empeñó entre los guerreros de Cholula y Huexotzinco, el señor de aquella ciudad fué hecho prisionero por su mucho ardimiento, y habiendo sido conducido al templo mayor de sus enemigos, venció en combate singular á siete famosos guerreros que le disputaron la victoria. Semejante heroismo no le valió para que le perdonasen la vida; pero sus contrarios recibieron desde entonces la nota de infamia por todas las naciones del valle.

Los historiadores no han podido fijarse en el número de víctimas que se sacrificaba cada año; pero casi todos están conformes en que no bajaba de veinte mil, aunque Gomara lo hace subir hasta cincuenta mil. Hubo casos extraordinarios en que este número se hizo mas considerable, como cuando se dedicó el gran templo de México al dios de la guerra en 1486; pues entonces perecieron en varios dias mas de setenta mil almas sobre la sangrienta piedra. El espectáculo continuo de estas inhumanas ceremonias, en las cuales sobrepusieron los mexicanos á los demás pueblos de la antigüedad, les dió ese carácter grave y sostenido que mostraron en los últimos dias de su imperio; porque acostumbrado su corazon al derramamiento de sangre en honor de las falsas divinidades, como tambien á gustar de la carne humana en clase de canibales ó antropófagos, era preciso que se hicieran superiores á los sentimientos que forman el

orgullo de la verdadera moralidad, aunque tambien es necesario respetar en ellos la supersticion de sus ideas religiosas.

Los sacrificios se extendian tambien á varias clases de animales: en honor de Huitzilopochtli se mataban codornices y esparavanes; dedicaban á Mixcoatl, dios de la caza, las liebres, conejos, ciervos y coyotes; y en los momentos de mostrarse cada día el sol en el horizonte, muchos sacerdotes le inmolaban codornices con la vista fija en el Oriente. Los mexicanos ofrecian igualmente á sus divinidades varias plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos de la naturaleza inanimada: á los dioses del agua y de las flores dedicaban las primicias de sus jardines; ofrecian á Centeotl las mejores mazorcas del maiz que producía sus tierras; y eran tantas las oblaciones de pan, masas y otros manjares, que los ministros del templo no debían necesitar de otra cosa para mantenerse. El incienso de copal era la oblacion mas frecuente en todo el imperio; pues además de que con él zahumaban diariamente á los ídolos, los sacerdotes incensaban en los templos hacia los cuatro vientos: el padre de familia lo hacia bajo el techo doméstico, y los jueces cuando sentenciaban una causa civil ó criminal en el santuario de las leyes. Al mismo tiempo que esta ceremonia era un acto perteneciente á la religion, se hacia tambien con el objeto de obsequiar á los grandes señores del estado.

Tanto las naciones conquistadas como las que se mantuvieron en su independencia, imitaron el bárbaro ejemplo de la supersticiosa religion de los aztecas. Los habitantes de Tlasecala ataban un prisionero á una cruz alta y terminaban su vida á flechazos; ó amarraban la infeliz víctima á una cruz baja para matarla á palos. Los sacrificios que se dedicaban en Quantitlan al dios del fuego, en el periodo de cuatro en cuatro años, se hicieron célebres por su horror é inhumanidad. La víspera de la fiesta, despues que los ministros plantaban seis elevados árboles en el átrio inferior del templo, desollaban á dos esclavas sacrificadas y le extraían los huesos pertenecientes á los muslos. Dos dignatarios se vestían al siguiente día con las sangrientas pieles, y llevando en sus manos los huesos de las víctimas, descendían por las gradas del templo aturdiendo el aire con sus gritos; y entretanto la muchedumbre que contemplaba en ellos á sus mismos dioses, daba principio á un baile que duraba todo el día, sacrificando al mismo tiempo un sin número de codornices. En seguida los ministros ataban seis prisioneros en la parte superior de los árboles, á fin de que el pueblo dirigiése contra ellos el tiro de sus matadoras flechas; y cuando la muchedumbre habia cebado en ellos su extraordinario gusto por la carnicería, los sacerdotes volvían á subir para desatar á los cadáveres, y los precipitaban hasta el suelo. Despues que hacían con ellos las ceremonias de los sacrificios ordinarios, sus miembros se dividían entre los sacerdotes y nobles para los oficios del canibalismo. La sangre se

híela en las venas al recorrer los detalles de tan bárbara como asquerosa costumbre; pero nos ha sido preciso ocuparnos de este punto esencial de la religion azteca, porque ella explica las feroces inclinaciones de los antiguos habitantes de Anáhuac, y aun ese aspecto grave y melancólico que han heredado sus descendientes modernos, como nos dice con bastante fundamento el entendido historiador Prescott. El sacerdocio y el pueblo se hallaban interesados en el sostenimiento de los sacrificios humanos; porque el uno no quería perder su privilegio de inmolarse al hombre sobre los profanos altares, y porque el otro se gozaba en contemplar las violentas convulsiones de un moribundo. Ambos estaban perfectamente bien pagados.

Ayunos y penitencias. Además de la dureza de corazón que tenían los mexicanos para presenciarse la horrible agonía de sus semejantes, reunían la circunstancia de ejercer las mayores crueldades con sus mismos cuerpos. El ayuno era muy frecuente entre ellos, principalmente cuando se acercaba alguna de sus fiestas religiosas, y consistía en la completa abstinencia de carne y vino, como tambien en la austeridad de hacer una comida al día ó no probar bocado hasta la noche. En tales horas no podían gozar de los placeres del amor ni con sus legítimas mugeres, y agregaban de continuo á estas privaciones las vigiliass y la efusion de sangre. El ayuno se extendía á todo el pueblo en cuco días de austeridad que precedían á las fiestas de Tezeatlípoca y Tonatiuh, la providencia y el sol; pues entonces hasta el mismo rey se retiraba á una parte solitaria del templo, donde vertía su propia sangre en medio de continuada vigilia. Había otros ayunos que eran particulares, como el que hacia el dueño de un prisionero la víspera del sacrificio. En el recinto del templo había una gran casa de retiro, donde iban los nobles á cumplir los deberes de una rigurosa penitencia; y tambien los empleados públicos en cierta fiesta de su año religioso, velaban en dicho retiro despues de haber empleado el día en el ejercicio de sus funciones civiles.

Los habitantes de la Mixteca sufrían un año de rigurosa penitencia, cuando los primogénitos de los señores se preparaban á tomar posesion de sus respectivos estados. Al principiar el año llevaban en procesion al joven magnate á uno de los conventos religiosos, donde despues de haber hecho con él algunas ridículas ceremonias de humildad, ponían en sus manos una lanceta de obsidiana para el martirio de la carne. Al mismo tiempo que lo obligaban á crudas abstinencias y rigurosas fatigas, tenían facultad de castigarlo severamente por la mas insignificante falta. Al terminar el año se le conducía con mucha pompa á la casa de su habitacion. Los cuatro sacerdotes que residían en el templo mayor de Teohuacan, célebres en los tiempos pasados por la austeridad de su vida, se alimentaban únicamente con dos onzas de *tortillas* y un vaso de *atole*,

mostrando en sus vestidos la humildad y pobreza de la clase indigente del estado. Son admirables los martirios que sufrían en el espacio de los cuatro años de su penitencia; pues además de las continuadas vigiliias, los rigurosos ayunos y crueles maceraciones, se perforaban las orejas con espinas de maguey en los próximos días á una fiesta, introduciéndose en los agujeros hasta sesenta estillas de cañas. Su incontinencia se castigaba de una manera atroz: el sacerdote moría apaleado, y su cadáver reducido á cenizas por la acción del fuego, desaparecía en un momento esparcido por la impetuosidad del viento.

Los sumos sacerdotes de México en circunstancias de una pública calamidad, formaban en un bosque algunas cabañas de techumbre de ramos siempre verdes, pues tenían cuidado de renovarlas cada vez que se secaban; y allí iban á pasar una vida de abstinencia y oración por espacio de diez meses ó un año, mortificando diariamente sus carnes con privaciones y efusión de sangre. Era célebre también el ayuno que hacían los tlascaltecas en la solemne fiesta de su dios Camaxtle. El jefe de los sacerdotes penitentes, conocido con el nombre de *Achtcauhlli*, fijaba á todos ellos el término de cinco días para dar principio á la rigurosa abstinencia, advirtiéndoles que le manifestara su voluntad cualquiera que no se encontrare capaz de resistirla, en el concepto de que la menor falta cometida después de dicho plazo, sería castigada con la pérdida del sacerdocio y la nota de infamia. El monte Matlacueye servía de retiro á los penitentes, donde durante ciento sesenta días ponían á prueba su sufrimiento, llevándolo hasta el exceso de perforarse la lengua con un cuchillo de *itzli*, y atravesarla en seguida con varias estillas de cañas al sonido de los cantos que dirigían á sus dioses. A los ochenta días de principiada esta vida de martirios, subían á hacer penitencia los hombres del pueblo, sin exceptuar la nobleza ni aun los jefes de la república. Sus privaciones eran menos crueles.

Algunos religiosos del siglo diez y seis, al examinar detenidamente la cosmogonía de los antiguos mexicanos, creyeron percibir algunas huellas de una remota predicación del cristianismo en el nuevo continente; pero si se exceptúan ciertas creencias puras que han podido estudiarse en los viejos manuscritos indianos, todo lo demás es contrario á las saludables y regeneradoras doctrinas del evangelio, porque todo se opone á los recomendables sentimientos de beneficencia y humanidad. Las tradiciones sobre la madre del género humano; el recuerdo del diluvio y la salvación de una sola familia; la historia de la alta pirámide que elevada por el orgullo de los hombres, fué destruida en un momento por la cólera de los dioses; el lavatorio que se acostumbraba en el nacimiento de los niños; la distribución que en pequeñas partes se hacía al pueblo con ídolos de harina de maíz, durante el tiempo que permanecía reunido en las

inmediaciones de los templos; la costumbre que tenían los penitentes de declarar sus pecados; las congregaciones religiosas de individuos de ambos sexos, muy parecidas á las que se encuentran en las naciones del mundo católico; la creencia de que unos hombres blancos con barbas largas y de ejemplar conducta, habían verificado un cambio en el sistema religioso del país; todas estas creencias y costumbres, según nos dice el historiador Renaudière, sirvieron de fundamentos á la idea de una remota predicación del cristianismo en América; y por eso algunos entendidos escritores han creído ver la persona del apóstol Santo Tomás, en el misterioso número Quetzalcoatl, á quien los aztecas y choluleses tributaban el más respetuoso homenaje. El hallazgo que se había hecho de varias cruces en esta parte de la América septentrional, robusteció la opinión que existía sobre la posibilidad del anterior acontecimiento. Pero hablando con la imparcialidad que reclaman los hechos de la historia, nos parecen muy débiles esos fundamentos para la formación de un sistema sobre el asunto.

Cronología, astronomía y fiestas religiosas. Como los mexicanos habían heredado la civilización del pueblo tolteca, tenían vastos conocimientos en la difícil ciencia astronómica, particularmente si se observa la miseria é ignorancia en que vivían tres siglos antes de la conquista española; pero su sistema astronómico, en vez de tener las útiles aplicaciones que se le daba en las naciones del viejo mundo, les servía únicamente para los usos de la vida civil y ejercicio del culto religioso. Nada da á conocer tanto los estravíos de su bárbara y sangrienta superstición, como el considerable número de fiestas que dedicaban á sus falsas divinidades; pero antes de ocuparnos de ellas y de sus execrables ritos, daremos una breve noticia sobre sus ideas cronológicas y astronómicas. Ya hemos dicho que todas las naciones del antiguo México dividían el mundo en cuatro periodos con otros tantos soles; el primero, desde la creación hasta el diluvio universal; el segundo, desde el diluvio hasta la destrucción de los gigantes; tercero, desde esta época hasta la desolación que sufrió la tierra en los reinos vegetal y animal, á consecuencia de los grandes huracanes y terremotos que se sucedieron unos á otros; y el cuarto, desde este estrago hasta la consumación de los siglos por el fuego. Como no podían prever cuándo llegaría esta completa destrucción del mundo, al principio de cada siglo hacían ruidosas fiestas al dios del fuego, con el objeto de darle gracias por la prorogación del término fatal.

La división del tiempo reglaba el orden de sus dos calendarios; el civil y el solar, cuyos nombres querían decir: *cuenta del sol*, *cuenta de la luna*. El año solar se componía de trescientos setenta días divididos en diez y ocho meses de á veinte días cada uno, mas cinco complementarios añadidos al último mes y que eran conocidos con el nombre de *nemontemi*, es decir, infelices ó inútiles; porque

creían que las criaturas que nacían en estos días aciagos, les acompañaba un mal destino en la transitoria carrera de la vida, y por este motivo los empleaban en visitarse unos á otros. Los sábios matemáticos que se habían asociado en Huehuetlapalan, cuna de los habitantes primitivos del valle, añadieron á cada cuatro años un día que formaron de las seis horas sobrantes en cada uno de ellos, igualando de tal modo los años civiles y astronómicos, como se hizo en Europa cien años antes de la venida de Jesucristo; pero con motivo de haber caído en un mismo día dos de sus principales fiestas religiosas, según nos refiere el caballero Boturini, aunque el historiador Clavigero se muestra dudoso sobre este punto, determinaron los antiguos intercalar doce días y medio en cada periodo de cincuenta y dos años. El mes estaba dividido en cuatro semanas de á cinco días, siendo el último de ellos feriado ó destinado para el mercado público. El historiador Prescott considera en esta disposición una ventaja sobre las adoptadas en Europa y Asia; porque de ella no resultaba residuo alguno ni en el mes ni en el año, supuesto que se componía de semanas y meses completos.

Las antiguas pinturas nos representan el siglo en la forma de una rueda dividida en cincuenta y dos figuras, en cuyo rededor se veía una sierpe caprichosamente enroscada, que indicaba no solo los puntos cardinales en sus cuatro nudos, sino también los principios de los cuatro periodos de á trece años cada uno, en que dividían su ciclo de cincuenta y dos años. La cabeza de la serpiente anunciaba en esta rueda el comienzo del ciclo, y en las cincuenta y dos figuras que colocaban al rededor de ella, se veían cuatro emblemas repetidos trece veces hasta completar aquel número. Los años se distinguían por los nombres de *tochtli* ó conejo, *acatle* ó caña, *tecpall* ó pedernal, y *calli* ó casa, los cuales estaban representados por medio de geroglíficos en la mencionada rueda. La cuenta del siglo la hacían del siguiente modo: primer *conejo* ó primer año, segunda *caña*, tercer *pedernal*, cuarta *casa*, quinto *conejo*, continuando así hasta el año trece que se denominaba *décimo tercio conejo*, en el cual concluía el primer periodo de los cuatro del siglo. Para la cuenta del segundo se decía: primera *caña*, segundo *pedernal*, tercera *casa*, cuarto *conejo &c.*, hasta terminar en la *décima tercia caña* ó segundo periodo. De este modo continuaban hasta dar vuelta completa á la rueda con la conclusión del último periodo de trece años. Dos siglos semejantes al anterior componían una *vejez*, ó un ciclo de ciento y cuatro años que no tenían geroglífico.

El historiador Prescott se admira de los adelantos de la nación azteca en esta materia, particularmente cuando examina el sistema que empleaban sus habitantes para fijar la fecha de los acontecimientos históricos. „El principio de su era, dice este ilustre escritor, correspondía al año 1091 de J. C., y comenzaba con la reforma de su calendario, poco despues de su salida de Aztlan. Agru-

„paban los años en ciclos de á cincuenta y dos años cada uno, llamándolos haces ó lios, y los representaban por cierto número de carrizos atados con un cordón. Cada vez que se encuentra en sus mapas este signo, se denota medio siglo. Para poder designar cada año en particular, dividían su gran ciclo en otros cuatro pequeños ó indicciones de á trece años. Despues adoptaban dos series de signos para designar cada año: la primera consistía en sus notas numéricas y la segunda en cuatro geroglíficos de los años: estos últimos se repetían incesantemente, y en frente de cada uno de ellos se encontraba la cifra correspondiente, hasta llegar á trece; este sistema se continuaba durante las cuatro indicciones, de las cuales, como es fácil conocerlo, no había dos que comenzasen por el mismo geroglífico, y de esta manera todos ellos iban correspondiendo á todos los números sucesivamente; pero nunca correspondían dos veces á un mismo número en un ciclo: 4 y 13 los factores de cincuenta y dos, que era el número de los años de éste, admitían todas las combinaciones capaces de formar aquel producto. Cada año tenía, pues, un símbolo especial por cuyo medio se le podía reconocer de una ojeada: este símbolo precedido de cierto número de haces, indicaba exactamente el tiempo que había pasado desde el principio de la era nacional, año de 1091, J. C. El ingenioso recurso de una serie periódica, en vez de una enorme serie de geroglíficos destinados cada uno á un año especial, no solo se encuentra entre los aztecas, mas también en varios pueblos del Asia, aunque el mecanismo material sea diferente.”

El año mexicano se veía representado por un gran círculo, en cuyo centro se hallaba la figura de la luna iluminada por el sol, y en su circunferencia los signos de los diez y ocho meses por el orden del calendario. Cada mes tenía una nomenclatura especial que lo distinguiese de los demás. Se tomaba ó bien de las fiestas religiosas, ó bien de las operaciones que se hacían en ellos, ó bien de los hechos accidentales que tenían relación con dichas operaciones. Los autores manifiestan con alguna variedad esta nomenclatura; pero el historiador Clavigero nos presenta como un modelo la siguiente tabla, por considerarla admitida en el círculo de la opinión mas general, y á su lado colocamos la interpretación que se ha dado á cada uno de los nombres.

DENOMINACION.	INTERPRETACION.
1. ° Atlacahualco	Ausencia de las aguas.
2. ° Tlacaxipehualiztli	Disciplina de sangre, y desollamiento de hombros.
3. ° Tozoztontli	Desvelo de veinte días.
4. ° Hueitozotli	Ayuno, penitencia y desvelo grande.

DENOMINACION.	INTERPRETACION.
5. ° Toxcatl.....	<i>Daño y pérdida de frutos.</i>
6. ° Etzalcualiztli.....	<i>Atole y tamal de frijol.</i>
7. ° Tecuilhuitontli.....	<i>Fiestas particulares de nobles.</i>
8. ° Huitecuilhuitl.....	<i>Fiesta mayor de nobles.</i>
9. ° Tlaxochimaco.....	<i>Repartimiento de flores.</i>
10. ° Jocoahuacatl.....	<i>Vendimia de frutos.</i>
11. ° Ochopaniztli.....	<i>Limpieza de los templos.</i>
12. ° Teotleco.....	<i>Venida de los dioses.</i>
13. ° Tepeilhuitl.....	<i>Fiesta serrana.</i>
14. ° Quecholli.....	<i>Llegada de las aves divinas.</i>
15. ° Panquetzaliztli.....	<i>Reseña y prevención para la guerra.</i>
16. ° Atemoztli.....	<i>Aguas nieves.</i>
17. ° Tititl.....	<i>Tiempo de heladas.</i>
18. ° Izcalli.....	<i>Mudanza de tiempo.</i>

Así como la cabeza de la serpiente anunciaba el principio del siglo en la representación de éste, nada se nota en la presente rueda que indicase el primer mes del año; pero la mayor parte de los escritores antiguos y modernos, exceptuando á Gomara, Valdés y otros, convienen en señalar como el primero al mes Atlacahuateo. El año civil terminaba en el solsticio de invierno.

El mes se veía representado en otro círculo ó rueda, dividido en veinte figuras que simbolizaban sus veinte días. Cada uno de éstos tenía un nombre particular, como puede verse en la siguiente tabla, tomada igualmente de la curiosa obra del historiador Clavigero.

DENOMINACION.	INTERPRETACION.
1. ° Cipactli.....	<i>Serpiente armada de harpones.</i>
2. ° Ehecatl.....	<i>Aire.</i>
3. ° Calli.....	<i>Casa.</i>
4. ° Cuetzpallin.....	<i>Lagartija.</i>
5. ° Coatl.....	<i>Culebra.</i>
6. ° Miquiztli.....	<i>Muerte.</i>
7. ° Mazatl.....	<i>Venado.</i>
8. ° Tochtl.....	<i>Conejo.</i>
9. ° Atl.....	<i>Agua.</i>
10. ° Itzcuintli.....	<i>Perro.</i>
11. ° Ozomatli.....	<i>Mono.</i>
12. ° Malinalli.....	<i>Mecate.</i>
13. ° Acatl.....	<i>Caña.</i>
14. ° Ocelotl.....	<i>Tigre.</i>
15. ° Quauhtli.....	<i>Aguila.</i>

DENOMINACION.	INTERPRETACION.
16. ° Temetlatl.....	<i>Piedra de moler.</i>
17. ° Olintonatiuh, ú Olin....	<i>Acelerado movimiento del sol.</i>
18. ° Tecpatl.....	<i>Pedernal afilado.</i>
19. ° Quiahuit.....	<i>Lluvia.</i>
20. ° Jochitl.....	<i>Flor.</i>

El día civil se contaba desde la salida del sol; y según la división que hacían de él en ocho intervalos, había cuatro determinados por la salida y puesta de dicho astro, y los demás eran fijados por sus dos pasos por el meridiano. El día se veía representado por un círculo dividido en cuatro partes. Se cree que las horas serían generalmente desiguales, como sucedía á las horas planetarias de los judíos. Las épocas del día y de la noche no tenían nombre particular. Cuando querían designarlas durante su curso diario, señalaban un punto del cielo por donde había pasado el sol, del mismo modo que lo hacen hoy los hombres rústicos del campo.

Sin embargo de que este calendario hubiera bastado á los usos de la vida, los sacerdotes mexicanos inventaron un *cómputo lunar* ó almanaque ritual, donde se encontraba la tabla genealógica de las fiestas, ó un manual eclesiástico de la celebración del culto. Este calendario constaba igualmente de dos series: la primera se figuraba con veinte signos que simbolizaban los meses del año, y la otra con trece cifras que eran representativas de los días de cada mes; pues daban á este año astrológico el número de doscientos sesenta días. Todavía se conservan algunas muestras en la mayor parte de las pinturas jeroglíficas. El número trece era mirado con mucha estimación entre los aztecas; porque ofrecía los medios de mantener la armonía entre los calendarios civil y religioso. Hubo sin embargo una notable innovación en el arreglo de este último; pues como de la multiplicación de trece por veinte resultaba el producto doscientos sesenta, y de repetir una de las cifras en los ciento y cinco días que sobaban cada año, podía provenir algún trastorno en sus cálculos, el Sr. Prescott dice que *inventaron otra tercer serie compuesta de nueve jeroglíficos, que alternando con las otras dos, hacía imposible la coincidencia de las tres en un solo año, á lo menos durante 2340, que es 20x13x9.* Este almanaque les servía para el arreglo de sus fiestas religiosas y épocas de los sacrificios, como también para el cómputo de sus pronósticos supersticiosos. „El „sistema astrológico de los aztecas, dice este mismo autor, no se „fundaba tanto en la influencia de los astros, cuanto en la de los „signos arbitrarios que habían inventado para designar los meses y los „días. El signo dominante en el ciclo lunar de trece días, ejercía „su influencia en todos ellos, aunque modificado hasta cierto punto „por el de cada día en especial y aun por el de cada hora. El gran-

„de arte del adivino consistia en combinar estas influencias contrarias. En ninguna parte, ni aun en el antiguo Egipto, se ha dado mayor ascenso á los sueños de un astrólogo. Llamábasele á la cuna del niño, luego que éste nacía: se anotaba escrupulosamente el momento del nacimiento, y la familia permanecía suspensa y temblando, mientras el ministro del ciclo veía el horóscopo del niño, y registraba el oscuro libro de su destino. El mexicano recibía la influencia sacerdotal con el primer aliento que respiraba.”

En cuanto á los conocimientos astronómicos de los antiguos mexicanos, aunque son muy pocas las noticias que han recogido los historiadores del país, el estudio de su calendario proporciona la idea de algunos procedimientos científicos, pues no se les ocultaba la hora del día, la época de los solsticios y equinoccios, y cuando el sol verificaba su tránsito por el zenit de México. La piedra que fué desenterrada de la plaza mayor de México en 1790, llena de signos relativos á las fiestas religiosas de aquellos tiempos, ha contribuido al establecimiento de ciertos hechos sobre los adelantos en esta ciencia. Las vagas y contradictorias nociones que se encuentran en las obras de Gomara, Valdés, Acosta y Torquemada, no dejan satisfecho el espíritu del lector. El *sábio* literato Gama es el único que ha podido sacar algunos hechos interesantes del estudio de aquella enorme piedra pardo-negrusco; pues por ella ha podido saberse que los aztecas arreglaban sus fiestas por el curso de los astros, fijando la verdadera duración del año trópico con admirable exactitud.

No había un mes en que los mexicanos dejasen de celebrar una fiesta religiosa, según el arreglo que tenían hecho en su calendario ritual. Entre las muchas fijas se encontraban diez y seis móviles; pero solo nos ocuparemos brevemente de las primeras, siguiendo el mismo método que observa en su obra el historiador Clavigero. En el primero, tercero y décimo sexto mes era venerado Tlaloc, dios de las aguas, por medio del sacrificio de inocentes criaturas que encerraban en jaulas como pájaros. En una de estas fiestas tenía efecto el latrocinio que cometían los sacerdotes en las poblaciones del campo, según hemos manifestado al ocuparnos de éste nūmen en su lugar respectivo. En el segundo mes se solemnizaba la fiesta del dios Jipe ó Teteu, en cuyo nombre se desollaban infelices prisioneros de guerra, y los sacerdotes salían á pedir limosna vestidos con sus sangrientas pieles. Del cuarto y del quinto mes, dedicados á Centeotl y Tezeatlípoca, hemos hablado al describir sus fiestas religiosas, cuando nos encargamos de detallar los ayunos, penitencias y sacrificios tan comunes en el antiguo México. En todas estas solemnidades se derramaba con profusión la sangre humana; pero en ninguna dominaba tanto este espíritu como en la gran fiesta del dios Huitzilopochtli.

Unos la fijan en el quinto y otros en el sexto mes. Los sacerdo-

tes fabricaban con anticipación una estatua de la altura de un hombre, adornada de cuanto podía anunciar el poder y fuerza destructora del dios de la guerra, y la conducían con solemne pompa y acompañamiento, hasta el altar que debía ocupar en el templo. En la mañana del día de la fiesta se hacía un gran degüello de codornices, en cuyo sacrificio tomaban parte el rey, los sacerdotes y el pueblo con extraordinario júbilo y entusiasmo. Cada uno de los concurrentes llevaba una vasija con resina para incensar á su dios, teniendo el cuidado de conservar las brasas para ponerlas en un gran depósito al concluir esta ceremonia. En seguida tenía efecto el baile de las doncellas y sacerdotes, acompañado de multitud de ceremonias que tenían su particular significación. A orillas del lugar donde ardía el fuego sagrado, se veían danzar dos hombres con una jaula de pino sobre sus espaldas. Los militares y cortesanos formaban su baile en otro sitio del mismo templo. A la víctima del sacrificio ordinario, escogida un año antes como la dedicada á Tezeatlípoca, se daba el nombre de *sábio señor del cielo*. Después de haber tomado parte en el baile de los cortesanos, él mismo señalaba la hora de su sangrienta ejecución, con la particularidad de que ésta no tenía efecto en el altar acostumbrado, sino en los brazos de los ministros de la religión. En seguida continuaba el baile hasta la noche. Los sacerdotes hacían en esta fiesta una pequeña incisión en el pecho y vientre de todos los niños de un año cumplido, la cual servía de distintivo á los individuos consagrados al culto de esta divinidad. Su segunda fiesta se celebraba el nono mes, con adornos de flores en los templos y las casas, terminando toda la algazara y regocijo con el sacrificio de algunos prisioneros de guerra. También se verificaba en el mismo mes la solemnidad de Jacateuctli, dios del comercio. La tercera y última de sus fiestas tenía efecto en el décimoquinto mes, en cuyo tiempo se consagraba á este dios una estatua compuesta de harina de maíz, legumbres y frutos mezclados y amasados con la sangre de los niños inmolados. La ponían á secar y luego la colocaban en el altar principal del templo, en cuyo punto velaban todo el curso de la noche los supersticiosos sacerdotes. En seguida de ponerse en obra la ceremonia de la consagración, los individuos de ambos sexos daban principio á un baile que duraba tres ó cuatro horas diarias durante el mes, sacrificándose al mismo tiempo gran número de prisioneros de guerra. En el vigésimo día se hacía una grande procesion en los pueblos inmediatos á México. Se encaminaba desde el templo mayor de *Teotlacheo*, donde hacían estacion para sacrificar prisioneros y algunos esclavos, y después de haber cruzado por Tlatelolco, Popotla, Chapultepec y varios barrios de la ciudad, entraba de noche en el mismo templo, y los sacerdotes la pasaban en continuada vigilia. La siguiente mañana en presencia de un corto número de ellos y del monarca azteca, la estatua de pasta era conducida á una gran sala del templo, y allí uno de los ministros le arro-